

## Virilidad y minería; vaivenes entre la faena del cobre y el burdel

*Virility and mining; swings between the job and the brothel*

Jimena Silva-Segovia, Pablo Zuleta-Pastor, Estefany Castillo-Ravanal\*

Universidad de Tarapacá, Universidad Bernardo O'Higgins, Universidad Católica del Norte

jimeluz@gmail.com, pablo.zuleta@ubo.cl, estefany.castillo@ce.ucn.cl

DOI: 10.5281/zenodo.5544297

Recibido: 10/06/2021 Aceptado: 16/08/2021

**Resumen:** Este artículo problematiza el lugar marginal del comercio sexual en el orden del trabajo minero. Trabajamos con el análisis crítico de discurso de entrevistas individuales y grupales con hombres mineros y con mujeres autodefinidas como trabajadoras sexuales, de la Región Antofagasta. Concluimos que el comercio sexual y el quehacer de las trabajadoras sexuales tiene un lugar central en la reproducción de la fuerza de trabajo minera. Además, se satisface la búsqueda de bienestar psicosexual, donde el trabajo sexual potencia el sostenimiento de la imagen viril de un hombre que no se dispone a la deconstrucción del género hegemónico.

**Palabras clave:** trabajo, virilidad, género, sexo, Chile.

**Abstract:** The objective of the article is to problematize the marginal place of the sex trade in the order of mining work, articulated from the psychodynamics of labor policies. We work with critical discourse analysis with individual and group interviews with male miners and with women self-defined as sex workers, from the Antofagasta Region. We conclude that the sex trade and the work of sex workers have a central place in the reproduction of the mining workforce, along with it, the search for psychosexual well-being is satisfied, where sex work enhances the maintenance of the virile image, of a man who is not ready himself to the deconstruction of the hegemonic gender.

**Keywords:** work, virility, gender, sex, Chile.

\* Silva-Segovia es psicóloga social, Dra. en Antropología UCN- UTA. Investigadora en Dirección de Investigación, Postgrado y Transferencia Tecnológica, Universidad de Tarapacá, Arica, Chile. <http://orcid.org/0000-0001-8512-7876>

Zuleta-Pastor es Psicólogo, Dr. en Psicología por la Universidad de Chile. Académico de la Escuela de Psicología, Universidad Bernardo O'Higgins, Santiago, Chile. <http://orcid.org/0000-0002-5864-9393>

Castillo-Ravanal es psicóloga social de la Universidad Católica del Norte. Diplomada en Género-Derechos Humanos de la Universidad de Chile; en Evaluación de daño e intervención en el proceso de resignificación del abuso sexual infantil de Universidad Católica del Norte; y en Intervención en Infancias y Juventudes desde un enfoque de Derechos Humanos (OIJ-UCN). Docente en Escuela de Psicología de Género, Derechos Sexuales y ciudadanía, Facultad de Humanidades, UCN. <http://orcid.org/0000-0002-7498-0764>

## 1. Introducción

El análisis se focaliza en la centralidad que tiene para la productividad en la faena la (auto)experimentación de los trabajadores como hombres viriles y junto a ello, el papel que tiene el trabajo sexual en el sostenimiento de dicha imagen viril. En consecuencia, tratamos de responder la siguiente pregunta: ¿Qué lugar ocupan el comercio sexual y las trabajadoras sexuales en la productividad del trabajador minero?

Algunos de los conflictos más arraigados en la construcción de subjetividades masculinas mineras están vinculados con la expresión de afectos y emociones. Desde los imperativos del género y desde las pruebas que ofrece a la subjetividad masculina el trabajo minero, se va construyendo un modelo al que la mayoría de los trabajadores adscribe en un rubro que exige confianza y alianza homosocial y que rechaza todo atisbo de debilidad asociándolo a estereotipos relacionados con la femineidad. En el contexto de la gran minería del cobre, las posibilidades de deconstruir una masculinidad hegemónica son bastante reducidas, pues en la relación laboral y de compañerismo, se exige ser un hombre poseedor de lo que Bourdieu (2000) entiende como *virtus viril*, orgulloso de su fuerza y su capacidad de resistencia física y emocional. Se les representa simbólicamente invulnerables, tipificados como violentos, con una sexualidad descontrolada y, ante todo, capaces de realizar actos heroicos (Kimmel, 2011).

En este escenario, la vida afectivo-sexual y la expresión de las emociones son dos aspectos conflictivos que no han sido estudiados en profundidad, pues pierden relevancia en el marco de los estereotipos de la masculinidad hegemónica (Espinoza-Tapia y Silva-Segovia, 2014; Silva, Zuleta, Castillo y Chinga, 2021). Desde una perspectiva de género, en esta actividad — así como ha estado organizada desde hace más de un siglo — se exacerban expresiones de la masculinidad de tradición (Connell y Messerschmidt, 2005), especialmente en virtud de su articulación con el exigente contexto en que se realiza la tarea (sistemas de turnos, faena en altura, climas extremos, desierto y aridez, distancias con la familia, altos niveles de accidentabilidad, entre otros). En los marcos de la masculinidad hegemónica, se trata de un trabajo que se representa organizado para hombres viriles. Tales hombres, identificados con este modelo de masculinidad, emergen como una construcción sociocultural vinculada a los escenarios

económicos, políticos y socioafectivos que producen identidades. Así también, comparten un *habitus* de género (Bourdieu, 2000), articulado con un orden normativo dominante que sitúa a los hombres no sólo en oposición a las mujeres, sino también en posición de dominio y superioridad, no sólo simbólica (Connell, 1993 pp. 597-623). En términos laborales, ganan más dinero; en términos de prestigio, se sitúan en un nivel más elevado; en términos políticos, están mejor representados en las políticas públicas y las leyes respecto de las mujeres, y en todos los niveles socioeconómicos y de jerarquía. Si bien estos esquemas de masculinidad hegemónica se han modificado constantemente a lo largo de la historia y especialmente en las últimas décadas, tanto en sus significados como en sus prácticas, llama la atención la persistencia del modelo en el contexto del trabajo minero (Silva, Zuleta, Castillo y Castro, 2021); pues en otros escenarios laborales, tales como el trabajo de cuidadores (Gittings, 2016), los hombres hacen giros que, sin necesariamente subvertir los mandatos de la masculinidad hegemónica, les permiten a ellos y a sus clientes varones abrir espacios para la expresión de la vulnerabilidad y la expresión emocional.

En la historia social de los grupos humanos, las formas en que hombres y mujeres expresan sus emociones en relación con la sexualidad y la vida en pareja muestran cómo cada sociedad desarrolla sus propias concepciones del género. Estas se entienden como ideas, prejuicios, valores, interpretaciones, normas, sentimientos, deberes y prohibiciones sobre la vida de mujeres y hombres y van construyendo cosmovisiones particulares de género que son casi siempre etnocentradas, pues cada persona se conecta con los órdenes de género de su mundo y se adscribe o reniega de ellos, consciente o inconscientemente (Zazueta y Sandoval, 2013). Respecto de estas cosmovisiones del género, en Chile, a pesar de los intentos del Estado por desmasculinizar la gran minería del cobre, se ha comprobado que no basta con desarrollar políticas de acción afirmativa, tales como el acuerdo firmado entre el Servicio Nacional de la Mujer y la Corporación del Cobre (Codelco), orientado a aumentar la dotación de personal femenino (Codelco, 2019), sino que hay que desarticular una cultura patriarcal arraigada en las bases del mundo minero (Angelcos e Ísola, 2017, pp. 66-78). Esta rígida división sexual del trabajo se ve reforzada intensamente por las políticas laborales de las empresas extractoras de mineral, que justifican su segregación en una “incompatibilidad natural” de las mujeres con el trabajo extractivo (maternidad, ausencia del hogar por largas temporadas, estructura física, etc.).

Muchos de los mitos que han circulado por siglos y en distintos países mineros, han asociado la presencia de mujeres en las inmediaciones de las faenas mineras a la “mala suerte”, lo que posteriormente encontró un correlato legal que señalaba la prohibición estricta de incorporar mujeres a labores de faena, para evitar accidentes o tensiones sexuales y de género (Soto, 2009, pp. 43-51). Para comprender cómo se sitúan las mujeres en un escenario como este, desde una perspectiva de análisis crítico, podemos referirnos a los debates teóricos entre Judith Butler y Saba Mahmood (2001) sobre el concepto de “agente social dócil”, para mostrar que las capacidades de respuesta de un sujeto son habilitadas dentro de un sistema de dominación específico y que, en este sentido, no coinciden necesariamente con su “capacidad para subvertir las normas” (Mahmood, 2001 p. 211). Tal como destaca la autora, “la capacidad de agencia social está implicada no sólo en aquellos actos que producen cambio (progresista), sino también en aquellos cuyo objetivo es la continuidad, la estasis y la estabilidad” (p. 212). De esta manera, se puede comprender que, a pesar de una continua incorporación de mujeres al trabajo minero, se reproducen y sostienen las pautas de la dominación masculina (Bourdieu, 2000).

En la actualidad, la región minera de Antofagasta ha sido evaluada como la tercera de mayor productividad de cobre en el mundo. El catastro de inversiones, que abarca el período comprendido entre 2017 y 2026, considera 47 iniciativas, valuadas en USD 64.856 millones (65 % proveniente de capitales nacionales, a través de Codelco y Antofagasta Mineral) (Romero-Toledo, 2019 pp. 3-30).<sup>1</sup> Ciudades como Iquique y Antofagasta dependen fuertemente de la productividad minera y son consideradas vulnerables frente a los vaivenes de esta actividad a nivel mundial. En medio de estos vaivenes, se encuentran quienes producen y quienes sostienen al sujeto que produce, con diversas políticas laborales, por ejemplo, la flexibilidad. La vigencia de la flexibilidad laboral como política ha beneficiado a las empresas que han introducido durante los últimos años acciones como la descentralización de la producción, sustitución de determinadas áreas de empleo por servicios de máquina flexible, diversificación de la producción, políticas de diferenciación salarial según las cualificaciones laborales y entre puestos estratégicos

<sup>1</sup> El **cobre** representa el 54 % de la canasta exportadora. El **aporte del cobre** al fisco subió desde casi USD 1.000 millones a 12.000 millones. El **cobre** representa hoy más del 20 % de los ingresos fiscales. Solo el IVA aporta más recursos al Estado (COCHILCO; 2019) <http://www.cochilco.cl:4040/boletin-web/>.

de trabajo, nuevas formas de gestión individualizada de la fuerza de trabajo y formas temporales de contratación (Chávez, 2001 pp. 57-74). Tales acciones son consideradas por algunos como ventajosas para los trabajadores (Cervantes, 2005, 112-119). Sin embargo, estas impactan de manera negativa en aspectos centrales de la vida como la pareja, la relación padre-hijo e hija, la sexualidad y la afectividad, dimensiones, que también han de ser sometidas a dinámicas de “flexibilización” (Dejours, 2013). Especial énfasis cobra esta situación en el caso del trabajo minero, pues las exigencias de la tarea y el recurso a la virilización del cuerpo subjetivo (Zuleta, 2020) parecen contraponerse al ejercicio del trabajo emocional de los hombres, elemento clave en la mantención y niveles de satisfacción en relaciones familiares y de pareja (Curran, Mc Daniel, Pollitt & Totenhagen; 2015).

Es así que, si bien el cobre es un producto central para la estabilidad del país y su acopio en el mundo, en la vida socioafectiva y sexual de hombres y mujeres vinculados a su producción se observan continuos conflictos y sufrimientos. En el mundo minero, la tradicional vida solitaria y de homosociabilidad desarrollada por los antiguos obreros, se reedita en la faena de las empresas modernas, en las que los sistemas de turnos exclusivos preservan la distancia física y afectiva entre los trabajadores, familias y parejas a pesar de la ficción de cercanía y bienestar que pueden producir las nuevas tecnologías de la comunicación, instalaciones y beneficios en las empresas contemporáneas (Stoy, 2013, 4-5; Mayes y Pini, 2014).

En las familias mineras -estudiadas en distintos países- se observa que los encuentros afectivo-sexuales, la seducción y el erotismo tienen expresiones singulares marcadas por la exacerbación de los emblemas de la masculinidad y la necesidad de reconocimiento y refuerzo de cierta imagen viril, al mismo tiempo que dificultades para expresar las emociones (Hubbard, 2004; Pini y Mayes, 2012; Klubock, 1999; Espinoza-Tapia y Silva-Segovia, 2014; Valdés, 2015). Además, en las zonas mineras se construyen discursos sobre las mujeres, que las sitúan, en algunos casos, en posición de subordinación y control y, en otros, como objetos de consumo sexual y entretenimiento masculino, significadas como consuelo para la soledad, como canal de desahogo y escucha de sus sentimientos de incompreensión. Lo anterior puede observarse en la instalación en ciudades mineras, de diversos locales nocturnos en los que se expende alcohol y se efectúan intercambios afectivo-sexuales mediados por dinero (Branstetter, 2016; Van Buren y Gensmer, 2017).

En esta línea, tanto a la trabajadora sexual en particular, como al comercio sexual en general, se los significa como peligrosos para la moral de la sociedad, se les construye, de alguna manera, como resultado no deseado de la tarea minera. La trabajadora sexual rompe con el lugar y los comportamientos imaginados, esperados e impuestos para las mujeres: el mundo de lo privado, el recato y la pasividad sexual (Amorós, 1991; Valcárcel, 1997; Silva, 2008). Por otra parte, respecto del hombre minero, Kraushaar (2013) describe los imaginarios que han circulado sobre él a lo largo de los tiempos: hombres de una recia estampa que con su trabajo contribuirán al crecimiento y desarrollo económico de la ciudad y del país. “Sobre sus fuertes hombros pesa la explotación de la riqueza cuprífera del país. Firme y arrogante, desafía el abrasador sol del desierto y el penetrante frío de la noche pampina” (Alvear, 1975, 130). Esta imagen emblemática, aunque añosa, tiende a perpetuarse.

En este marco, estudios hechos desde la perspectiva de la psicodinámica del trabajo, apuntan al reconocimiento de la virilidad como una estrategia defensiva ante el sufrimiento en el trabajo al mismo tiempo que como un recurso para proteger una identidad masculina construida con esfuerzo (Dejours, 2012; 2013; Zuleta, 2020) y que en el caso del trabajo minero se pone a prueba principalmente en dos escenarios sociales: la faena y el burdel. Desde aquí, defendemos la tesis que recurrir al comercio sexual opera como resorte fundamental para resistir las exigencias de la tarea y que las mujeres, autodenominadas en este estudio trabajadoras sexuales, ocupan un lugar central en la reparación y recuperación de la (auto) imagen viril de los trabajadores, lo que en buena medida los devuelve aptos para seguir produciendo. En el análisis del capitalismo sobre el trabajo asalariado como motor de la explotación burguesa, Marx señala que el salario no está determinado por el valor de lo que el trabajador produce, sino por el valor de aquello que es necesario para mantenerlo con vida y reproducir una nueva generación de trabajadores (Federici, 2018). Por ello, la problemática del comercio sexual no puede entenderse como un flagelo asociado o una cuestión de orden marginal a la minería, sino como uno de sus pilares en la producción de riqueza.

## 2. Enfoque Teórico

### 2.1. Negar la vulnerabilidad del cuerpo para hacerse y sostenerse hombre

La diferencia de los sexos es primera y normativa (Fraisie, 1996). Sin embargo, no es suficiente. Si bien el sexo en tanto distinción anatómica normativamente binaria es asignado a los niños incluso antes de su nacimiento, la hombría parece no venir garantizada por la anatomía, sino, por el contrario: hay que hacerse hombre (Badinter, 1993; Gilmore, 1994; Bourdieu, 2000). De este modo, la masculinidad ha de ser producida, expuesta y de-mostrada en el escenario social. Al respecto, Meler (2000) plantea que la masculinidad estaría fundada en la escisión de la feminidad en tanto infancia y vulnerabilidad. La feminidad escindida no cesará en su afán de retornar a la consciencia y ante la amenaza de feminización y de inminente pérdida del estatus viril conseguido, el varón tendrá que defenderse. Desde esta perspectiva, el varón que se precie de tal ha de mantener a raya la vulnerabilidad como forma de dominación de lo femenino en su propio cuerpo. La virilidad muestra su faceta defensiva (Schneider, 2003): en contraposición al pene erecto en tanto espada, prima la invulnerabilización del cuerpo en tanto escudo, conseguida a través de la negación y destierro de todo aquello asociado a lo femenino. Se trata, además, de una masculinidad que no se consigue de una vez y para siempre, sino que hay que defenderla permanentemente, pues se encuentra toda vez a prueba. Dentro de tales pruebas a la virilidad, el trabajo constituye una muy importante (Zuleta, 2018). Al respecto, Ramírez (2020) reafirma la tesis de que el trabajo y el mercado del trabajo es el escenario en el que la hombría se pone a prueba y es demostrada; tanto a los pares hombres en la homosocialidad, como a sí mismos y a sus familias. El autor muestra cómo los significados del trabajo cambian antes y después de formar una familia.

### 2.2. Defensa de la virilidad en la sociedad del rendimiento

Han plantea: “la sociedad del siglo XXI ya no es disciplinaria, sino una sociedad de rendimiento. Tampoco sus habitantes se llaman ya sujetos de obediencia, sino sujetos de rendimiento” (Han, 2012, 25). La diferencia entre un tipo de sociedad y otro es que la primera estaría definida por el “no poder”, por la supremacía del

deber y la obligación; mientras que, en la segunda, el verbo central es poder y, es más, poder sin límites. Tal cambio se produce, sin embargo, en el contexto de una continuidad que caracteriza a la empresa capitalista: el afán de maximizar la producción.

El sujeto del rendimiento es paradójicamente libre para negociarse. Todas las dimensiones de su vida se tornan capitales a ser invertidos; “la forma empresa que moviliza al sujeto (...) se generaliza a todas las formas de su conducta y a todas las esferas de su existencia” (Périlleux, 2008, 142-143), entre las que la vida familiar, afectiva y sexual no están excluidas. Han (2014) propone que esta forma de trabajar y de administrarse a sí mismo se encuentra en la base de los “infartos psíquicos”.

Por su parte, la psicodinámica del trabajo de Dejours (1998) se pregunta más bien por cómo los trabajadores, a pesar de tales exigencias, logran —muchas veces— conjurar la enfermedad. Su explicación radica en que los sujetos erigen estrategias defensivas para proteger su equilibrio. Dichas estrategias se levantan contra riesgos reales en las situaciones de trabajo y para ser efectivas han de contar con la participación del colectivo de trabajadores. Aquel que no contribuye será, tarde o temprano, excluido, pues tales estrategias se vuelven fundamentales para llevar adelante la tarea. Dejours muestra como tales estrategias operan, fundamentalmente en colectivos de trabajadores hombres “según una lógica rigurosa asegurada por un sistema de prohibición de ciertos comportamientos, de silencio en todo lo que refiere a miedo, de valorización del discurso heroico, de comportamientos de bravura y de desafío contra el peligro” (Dejours, 2002:152). Agrega que, cuando funcionan bien, logran producir una insensibilidad al sufrimiento y se tornan finalmente inconscientes, constituyen estrategias que el sujeto encarna, y por ende, a las que no puede renunciar en su vida “no-laboral”. La organización del trabajo, es así, subjetivada, incorporándose la defensa en psiquis y cuerpos de los trabajadores. Parafraseando a Olavarría (2009), la organización del trabajo y la productividad, produce a su vez, a los productores.

### 2.3. El comercio sexual como analizador social

Más allá de comprender a mujeres en ejercicio del comercio sexual y clientes como sujetos individuales que realizan determinadas acciones, interesa acá abordarlo



como práctica socialmente instituida y naturalizada, que vehiculiza y reproduce relaciones de poder y dominación, constituyéndose el día de hoy en una verdadera industria, ocultada, sin embargo, por ser una práctica cultural nociva (Jeffreys, 2011). Con Lourau (2008), podemos entenderla como un analizador social, vale decir, como un elemento de la realidad social que pone de manifiesto las contradicciones del sistema, en este caso, uno en el que los vínculos no están libres de intereses y transacciones. Se manifiesta, desde esta mirada, una libertad paradójica en la que el sujeto es libre para hacer de sí su propia empresa (Périlleux, 2008), cuestión a la base de muchos entendimientos del comercio sexual como trabajo o como ejercicio de agencia al modo empresarial (Jeffreys, 2011).

En este marco, dentro de la discusión feminista, el comercio sexual constituye un objeto disputado por posiciones opuestas. Por un lado, un discurso que la construye como trabajo y que, como tal, debiera regularse (Garaizabal, 2011) y por otro, una corriente que defiende la tesis que es la expresión más radical de la violencia de género y que la denominación “trabajo sexual” no hace más que ocultar la dominación masculina en nombre de una supuesta libertad individual (Louis, 2004). En tal tensión nos encontramos para comprender esta problemática.

### 3. Aspectos Metodológicos

Esta investigación se sitúa bajo el paradigma interpretativo (Czarniawska, 2004); buscamos comprender las interacciones y la construcción de la subjetividad minera. Nos hemos enfocado en el interaccionismo simbólico, que nos ha permitido interpretar los significados sociales que las personas asignan al mundo y las culturas que las rodean (Rennie, 2012). Tal como lo menciona Johnson (2004), una tendencia en los nuevos estudios sobre cultura y poder insistirá en entender la noción de cultura como algo a ser analizado como un todo localizado en su contexto material. En este sentido, hemos puesto énfasis en las observaciones de las interacciones entre trabajadores mineros y trabajadoras sexuales, socialmente localizadas en espacios de encuentro como *shoperías*, *nigth clubs*, *café con piernas* y *esquinas* y, de esta forma, aprehender los aspectos simbólicos de la interacción y complementar el análisis narrativo.

Esta perspectiva nos permitió contrastar la caracterización de un mismo acontecimiento a través de diferentes visiones o posicionamientos subjetivos, entendidos como maneras de organizar la experiencia, lo que no refiere únicamente a un individuo que aisladamente otorga significados a un acontecimiento, sino también al repertorio cultural propio y del entorno (Schutz, 1995; Gadea, 2018). Tal es el cuestionamiento que establece la base analítica del interaccionismo simbólico: que los “símbolos” derivados de toda interacción social no son universales ni objetivos; que los significados son siempre interpretaciones, que por lo demás, se encuentran en permanentes tensiones entre sí.

Realizamos grupos de conversación (Benavente, 2007; Silva, 2012) y entrevistas individuales. Participaron 18 personas, 9 mujeres y 9 hombres. Contactamos a los y las participantes por medio de informantes claves aplicando el sistema bola de nieve (Morse, 1995) y como resguardo de anonimato y confidencialidad, cada participante firmó un consentimiento informado. La investigación pasó por la evaluación del Comité de Ética de CONICYT. Lo que buscamos con el grupo es “capturar” los discursos sociales sobre un determinado tema y ponerlos en colisión, se promueve la discusión, el convencimiento y el consenso. En este sentido es importante el concepto de auto-reflexividad del grupo, puesto que el discurso del grupo que habla sobre sí mismo (o la realidad social que representa) genera un discurso que vuelve a la sociedad, y que finalmente puede reintroducirse en nuevos grupos. Nadie sale del grupo igual que como ha entrado. El grupo induce al auto-socioanálisis; en el discurso queda memoria de las huellas de ese proceso y no hay ningún modo de evitarlo: no hay técnica inocente, no es posible que el discurso pase por el contexto existencial como un rayo de sol pasa por un cristal sin romperlo ni mancharlo (Ibáñez, 1979). Por su parte, Luis Enrique Alonso, define el grupo de discusión como: "fundamentalmente un proyecto de conversación socializada, en el que la producción de una situación de comunicación grupal sirve para la captación y análisis de los discursos ideológicos y de las representaciones simbólicas que se asocian a cualquier fenómeno social" (Alonso, 2003: 93).

Para este artículo, se analizó el corpus narrativo producido por Hombres Mineros (HM) y Trabajadoras Sexuales (TS) señalados en la figura 2.

Con el material seleccionado realizamos un análisis de discurso (Van Dijk, 2003) en base a categorías afectivo-emocionales, vida íntima, vida familiar y de pareja, desde una perspectiva de género. En esta dinámica, se aplicaron algunos

procedimientos como el reordenamiento de dimensiones conflictivas, categorización de las tensiones de género, emociones vinculadas y objetos de búsqueda con procedimientos del método biográfico (Silva, 2019; De Villers, 1999). A partir de la sistematización de las interpretaciones (ver figura 1), teorizamos en busca de conceptos emergentes que nos permitieran responder a la pregunta de investigación.

Dimensión							
Descripción de la dimensión							
Categorías	Personas involucradas	Identificación del sujeto	Relatos de subcategorías	Conflictos y tensiones	Emociones vinculadas	Objeto de búsqueda	Interpretación
Síntesis de la dimensión							

Figura 1. Ejemplo de matriz de ordenamiento y análisis de discursos. Elaboración propia.

	Código	Edad	Ocupación	Sistema turnos	Nivel socio-económico	N° hijos/as
1	Juan	42	Operador-Sindicato	4x3	Medio – Bajo	2
2	Pedro	38	Trabajador minero	7x7	Medio – Bajo	2
3	Francisco	35	Trabajador minero	7x7	Medio – Bajo	3
4	Patricio	40	Trabajador minero	4x3	Medio – Bajo	1
5	Alfonso	45	Operador-Sindicato	4x3	Medio – Bajo	2
6	Manuel	45	Operador-Sindicato	4x3	Medio – Bajo	1
7	Mario	36	Trabajador minero	4x3	Medio – Bajo	1
8	Julián	41	Trabajador minero	4x3	Medio – Bajo	3

9	José	60	Operador-Sindicato	4x3	Medio – Bajo	3
10	Vania	25	TS en night club	-	Bajo	1
11	Rosa	30	TS en night club	-	Bajo	1
12	Con-suelo	50	TS en night club	-	Bajo	3
13	Dayana	39	TS independiente	-	Bajo	2
14	Estrella	32	TS en night club	-	Bajo	2
15	Ana-yensi	20	TS en calle	-	Bajo	2
16	Cristina	27	TS en privado	-	Bajo	0
17	Dana	45	TS en privado	-	Bajo	2
18	Tatiana	29	TS independiente	-	Bajo	1

Figura 2. Participantes en el estudio. Elaboración propia.

#### 4. Discusión de Resultados

El trabajo minero exige hombres viriles, capaces de demostrar su hombría a través de dar muestras de resistencia y fortaleza, física y mental. En este contexto, la virilización del cuerpo subjetivo en el trabajo opera como un proceso de desensibilización y control emocional que funciona a modo de estrategia defensiva contra el sufrimiento psíquico que tiene como fuente la organización del trabajo y contra la amenaza constante de feminización de una identidad masculina conseguida con esfuerzo (Dejours, 2012; Zuleta, 2018, 2020). Proponemos que dicha virilización debe ser sostenida por los trabajadores mineros tanto en la faena como fuera de ella y que, en este sentido, encuentra dos escenarios privilegiados para reproducirse y mantenerse: el espacio laboral y el burdel.

A continuación, presentamos los resultados organizados en tres ejes discursivos principales.

## 4.1 Virilidad en el turno de trabajo: controlar la emocionalidad para sostener la productividad

La primera imagen producida por el discurso de los trabajadores mineros que destacamos es la que los posiciona en el lugar de la “alta productividad”, relevando a la faena como espacio clave para el reconocimiento subjetivo del hombre-trabajador-minero:

“Como hombre, tu aguantas, el hombre tiene imposibilidad de solucionar temas familiares, pero en la pega el trabajador minero ¡es altamente productivo! O sea, la productividad del trabajador minero es altísima, nosotros conocemos esos datos, los viejos solucionan problemas rápido, es técnico, busca ideas, soluciona, investiga, pero esas capacidades no puede implementarlas en la casa” (Juan, 42 años).

El enunciado inicia con una definición importante: “Como hombre, tu aguantas”; construcción discursiva que asume el hecho de aguantar como una cualidad indisoluble de la hombría. Diversos estudios sobre masculinidades definen la ideología del aguante como el arte de no escapar, de soportar lo que venga, como un sacrificio no exento de dolor que sirve de sostén a la imagen y al honor viril (Abarca y Sepúlveda, 2005). Aguantar, entonces, no significa no sentir, es más bien soportar lo que se siente, implica de alguna manera gestionar el sentir en aras de la productividad.

Una vez declarado el aguante, el sujeto que enuncia se posiciona discursivamente de un modo polarizado: en el escenario laboral “el trabajador minero es altamente productivo”, cuestión que en términos retóricos no deja lugar a dudas (el enunciante utiliza diferentes recursos para dejarlo claro: enfatiza la voz, refiere la existencia y conocimiento de datos que afirman lo que dice, entre otros), pero como contracara, respecto de los problemas domésticos y la vida familiar, siente cierta incompetencia, una suerte de inhabilitación siquiera para pensar soluciones posibles. El aguante se pone, de esta manera, al servicio de la productividad en la faena, se vuelve objeto de demostración entre los pares, en tanto cualidad requerida para el rendimiento en el trabajo; pero al mismo tiempo, parece significarse como una suerte de obstaculizador para el desarrollo de la vida afectiva y familiar.

El aguante y la “alta productividad” en la faena tienen un costo importante, pues el discurso construye como fuente de riesgos y peligros en el trabajo a la propia emocionalidad. A través de diferentes enunciaciones se sitúa a las emociones y los sentimientos como objetos a ser controlados para experimentar seguridad y aguante en el trabajo. Tal ejercicio discursivo coincide con una (auto)producción del sujeto como hombre viril:

“Porque si me pasa algo arriba o me sucede algo por no controlar mis emociones, mi temperamento o las condiciones que yo manejo, o las (emociones de las) personas que tengo a cargo o las maniobras que uno hace, puede conllevar a que, o me cueste el trabajo o me accidente o accidente a alguien. Yo me desconecto en la pega y eso es lo que pasa con los sentimientos” (Manuel, 45 años).

Este fragmento expresa una idea que se repite: el cuidado del trabajo (y de la vida también; la propia y la de los compañeros) depende de la capacidad del trabajador para manejar sus emociones, para “desconectar” los sentimientos. Lo que se construye discursivamente como riesgoso, aquello que puede constituir una fuente real de peligro no es la tarea ni sus condiciones objetivas, sino que parece situarse en el cuerpo del trabajador, entendido como el lugar de su emocionar. El trabajo exige desconexión emocional. Esto es parte de lo que Zuleta (2020) entiende como virilización del cuerpo subjetivo, que opera tanto como estrategia defensiva ante el sufrimiento psicológico que produce el trabajo, como ante la angustia de caída del estatus viril, y que sirve como garantía de pertenencia al grupo de hombres-trabajadores-viriles y, agreguemos aquí: altamente productivos en la faena.

En este sentido, la capacidad de aguante asociada a la capacidad productiva de los trabajadores mineros descansa en el control sobre el propio emocionar que trae consigo otra importante consecuencia: la soledad.

“El mismo trabajo te hace ser solo, llegas a tu pieza y estás solo, entonces, cuando llegas a tu casa te encuentras con alguien que te empieza a hinchar (demandar), que los niños, que no sé qué, que no sé cuanto (...) descanso más arriba en la faena que en la casa” (Mario, 36 años).

El discurso es elocuente: el mismo trabajo te hace ser solo, con lo que la soledad emerge, discursivamente, al modo de un (sub)producto del trabajo que parece ir

encapsulando al trabajador, especialmente a nivel de sentimientos. Insistimos aquí: no se trata de una soledad intrínseca, o propia de la individualidad de cada trabajador, por el contrario, se alude a una soledad producida por la productividad, fruto de la organización social y técnica del trabajo:

“Hay cosas que uno puede compartir, pero como acá dice mi colega, hay cosas que son más personales y a veces uno considera que no son como para ventilarlas (...) entonces uno prefiere colocarse a resguardo y guardar ese sentimiento, dejarlo en para uno” (Francisco, 35 años).

Los sentimientos terminan guardándose en y para uno mismo, constituyen aquello que “no se puede compartir”. Lo que requiere un “resguardo” especial son las emociones y, agreguemos; particularmente, el miedo: “Yo por lo general no siento miedo, no. Miedo a no sé qué podría ser” (Pedro, 38 años). El miedo es desterrado del abanico de emociones posibles para el trabajador minero: “No siento miedo, no”. La duplicación del no parece hablar de lo férreo de la negación del miedo en el colectivo de trabajadores. Es más, el miedo aparece en esta expresión como algo, antes que inconfesable, impensable. La frase: “Miedo a no sé qué podría ser” habla de un enunciante al que ni siquiera se le ocurre qué podría hacerlo sentir miedo.

La alta productividad en la faena (re)produce al productor como un trabajador que debe dar cuenta de su virilidad, aguantando las exigencias de la tarea, cuestiones que se expresan acá manteniendo el emocionar silenciado y (supuestamente) bajo control. La exigencia de productividad en la mina (re)produce una masculinidad que requiere la identificación con los valores de la virilidad (Palermo, 2017; Zuleta, 2020)

## 4.2 Virilidad en el turno de descanso: costos afectivo-sexuales en la vida de pareja

El recurso a la virilidad en el trabajo cobra otras formas en el escenario doméstico-familiar y tiene consecuencias importantes a nivel de relaciones afectivas y de género, pues opera como reproductor de una estricta división sexual del trabajo, en la que la mujer-pareja del minero ha de hacerse cargo de las tareas domésticas y de reproducción de la fuerza de trabajo (Federici, 2018), a lo que se asocian

importantes dificultades a nivel de relaciones afectivo-sexuales en la pareja. Lo que se espera de la mujer-pareja es que se encargue de administrar el hogar:

“La señora en el caso de nosotros, cuando tu te vas, tiene que hacerse cargo de todo, tu no puedes estar bajando siempre, pidiéndole permiso al jefe. No puedes bajar, porque si vas a estar bajando, porque allá arriba somos, no sé, quince viejos y el jefe cuenta con los quince, tú te vas y se siente, los catorce que quedan tienen que asumir la pega del que se fue, entonces la idea es tratar de no bajar para no quedar mal con el jefe y también cuidar la pega. Al final por eso es que es importante la señora de nosotros, porque ella tiene que hacerse cargo de todo” (Alfonso, 45 años).

Este extracto de entrevista refuerza la construcción discursiva que sitúa al varón como sujeto imprescindible en la faena: “tú te vas y se siente”, al mismo tiempo que reemplazable en las tareas del hogar, donde “ella tiene que hacerse cargo de todo”. La construcción es polar y reproduce la noción clásica de la división sexual del trabajo: la dimensión productiva a cargo de los varones, mientras que la dimensión reproductiva de la vida queda a cargo de las mujeres. Este arreglo le permite al trabajador la disposición completa a la tarea mientras se está en el turno, cuestión que parece fundamental para “cuidar la pega”, para “no quedar mal con el jefe”. La exigencia de la jefatura es construida con la forma de la disponibilidad total y es ese un estándar que el trabajador consigue en la medida en que cuenta con una pareja que “se hace cargo de todo” en casa. La estricta división sexual del trabajo emerge como requerimiento clave para la conservación del empleo y, como contracara, de la vida familiar:

“La vieja tiene que saber sustituir en todos esos momentos (accidentes, cumpleaños, fiestas, otros), cuando los niños tienen pena, tiene la vieja que ponerle el pecho a los cabros chicos para que no nos echen de menos, para que en el tiempo que nosotros estamos en la pega no les hagamos falta” (Julián, 41 años).

Las tareas de cuidado en general, y en este caso específico aquellas que tienen que ver con el sostén afectivo de niños y niñas, son construidas como deber de la mujer, pues “la vieja tiene que”, donde “tiene que”, expresa un imperativo. El imperativo se manifiesta como “ponerle el pecho a los cabros chicos”, lo que entendemos como exigencia de encargarse de la estabilidad emocional de niños y niñas y de



llenar, en el plano afectivo, el lugar de padre y madre, pues el efecto esperado de la tarea encomendada es que el padre “no haga falta” mientras está en la faena. El encargo que hace aquí el enunciante es que su ausencia no se sienta. Ahora bien, el revés de este encargo es importante:

“del turno uno llega a una casa que tu mujer domina, tus hijos ya no te pescan mucho, por ser, tu tratas de imponer algo y al final lo único que quieren es que subas a la mina de nuevo, uno se convierte en un proveedor, en un proveedor y nada, nada más” (José, 60 años).

La necesidad de ser prescindible en casa cobra un matiz de realidad brutal: en casa “lo único que quieren es que subas a la mina de nuevo”. El vínculo con la casa-familia queda reducido al dinero que el trabajador provee. Es una paradoja violenta: trabajar para la familia a costa de la vida familiar.

A lo anterior se suma que una de las significaciones importantes atribuidas al descanso del minero fuera de la faena se asocia a lo que los enunciantes comprenden como “descarga sexual”, la que, al mismo tiempo de ser construida como una prioridad, restringe la sexualidad a una necesidad fisiológica de descarga, que a todas luces termina resultando insatisfactoria. Veamos para ello el siguiente extracto de entrevista, cuya expresión encontramos de diferentes maneras en el discurso de los trabajadores entrevistados:

“Tu quieres llegar a la casa a darle a la vieja y de repente a la vieja le duele la cabeza, quieres estar todo el día encerrado en la pieza y no se puede porque tienes que hacer esto, hay que salir para allá, tienes que hacer esto o lo otro, como dicen, te dan la pasada, pero así lo justo y necesario nomás porque hay que hacer las cosas y al final uno no hace nada, con suerte una de *conejito*, la primera, del conejito porque llegas a puro descargarte, no disfrutas la sexualidad ¿entiendes? No existe ese espacio, se va haciendo cada vez más distante. Quieres darle a la vieja y la vieja está con pijama de polar, hace tiempo las mujeres están descuidadas y eso provoca que uno se busque distracciones” (Patricio, 40 años).

Se construye acá una imagen del trabajador minero que al volver del turno viene con una urgencia de contacto sexual, fraseada como llegar a “darle a la vieja”. Consignemos que esta expresión remite a una idea que reproduce la lógica de la dominación masculina en el plano de la relación sexual, en la que es él -puesto en

posición de sujeto- quien llega a “dar a la vieja”, puesta en calidad de objeto más bien pasivo de la acción del varón. Hay cierta expectativa de una mujer dispuesta para él, pero que no se encuentra, pues, el otro de la relación existe y se resiste: le duele la cabeza, tiene otras cosas en que ocuparse en casa o simplemente “está con pijama de polar”, lo que podríamos interpretar como una indisposición al sexo en el imaginario del trabajador enunciante, quien plantea que las mujeres se han descuidado. La sexualidad conyugal queda en este extracto de entrevista reducida a la “descarga” en la figura del sexo rápido, “del conejito”; haciendo explícita la sensación de que “no disfrutas la sexualidad”.

De este modo, esta enunciación construye una suerte de justificación para que el varón se “busque distracciones”. Nos detenemos en este significante, pues distraer significa desviar la atención de aquello en lo que se ha estado concentrado u ocupado y entraña, además, el deber de volver a concentrarse en ello. La distracción tiene un carácter pasajero. Proponemos que la sexualidad es construida con este sentido en el discurso en cuestión: como algo que permite dejar de prestar atención, por un rato, al trabajo. Nuestra interpretación, en tanto la descarga sexual es construida como prioritaria al salir de la faena, es que es experimentada subjetivamente como una posibilidad importante de descanso. El enunciado plantea, que al no encontrar placer ni descarga sexual satisfactoria en casa, el varón busca “distracciones” en otro lugar.

### 4.3 Virilidad en el comercio sexual: reparación de la (auto)imagen viril

Las problemáticas tratadas en el apartado anterior son conocidas por las trabajadoras sexuales, quienes se posicionan discursivamente como una alternativa para satisfacer tales necesidades de los hombres mineros y, hasta cierto punto, como agentes capaces de reparar ciertos daños o aminorar los costos subjetivos antes tratados:

“Es él quien sustenta la familia, pero nadie le da valor a eso, ni los hijos ni la esposa, entonces ellos tratan de buscar esta atención en otro lado, se sienten con la moral por el suelo” (Vania, 25 años).

La productividad del minero y su traducción en los ingresos que le permiten sostener a su familia es construida por este pasaje del discurso de las trabajadoras sexuales como algo que, si bien ellas son capaces de ver, parece ser invisible al interior de algunos hogares y familias mineras. Lo que este fragmento plantea es que una función clave del hombre y su trabajo: la función proveedora (Ramírez, 2020) es de alguna manera no reconocida en la esfera familiar. El lugar que parecen ocupar, especialmente las trabajadoras sexuales migrantes, es el de la atención que el trabajador requiere cuando se encuentra fuera del turno laboral; la satisfacción de ser reconocido en su valor y de recibir “cariño” por una mujer que se muestra dispuesta para él:

“Entonces, ¿qué buscan ellos? Cariño, porque en la casa dicen que no les dan. Las señoras se dedican más a hacer compras, que las guaguas, y no les dan el tiempo suficiente que ellos quieren; que la mujer esté ahí. Ellos buscan el cariño, atención; entonces, eso es lo que yo le doy. Le doy cariño, esa atención: «Mi amor, ¿quieres tomar agua?, ¿quieres tomar una bebida?, ¿quieres esto?» Lograr que se sienta importante (...) Todo el tiempo dicen que ustedes las extranjeras nos gustan porque ustedes son arregladas, son amorosas, siempre se ven lindas, siempre están bien vestidas” (Rosa, 30 años, GC.1<sup>2</sup>).

La enunciante se sitúa a sí misma en posición de saber; ella (supuestamente) sabe lo que él necesita y eso es atención, significado también como cariño, pero al mismo tiempo, dicen saber que el varón requiere una mujer hasta cierto punto objetivada, que simplemente “esté ahí”, dispuesta para él y la satisfacción de su fantasía, expresada en la importancia otorgada al que ella se vea linda, “arreglada”, lo que supone la prestancia de la mujer y su esfuerzo explícito por agradar al varón. En este fragmento, además, se descentraliza la función sexual de su tarea; el foco está puesto en otra parte: en la atención y el cariño, en conseguir que ese otro “se sienta importante”, no necesariamente en el servicio sexual. Si volvemos al fragmento anterior, parte de la tarea de la trabajadora sexual parece tener que ver con reparar esa “moral que se encuentra por el suelo”. El trabajo sexual emerge así, como un complemento en las tareas de re-producción de la fuerza de trabajo, como si llenara un espacio que en casa queda vacío.

<sup>2</sup> Grupo de conversación n°1.

Planteamos que el levantamiento de esa moral caída está asociada al sostenimiento de una (auto)imagen viril que se juega también en el encuentro sexual. Veamos los siguientes extractos. En este primero, un trabajador minero reflexiona en torno a qué se compra cuando se recurre al comercio sexual:

“Ahora, ojo, el viejo no paga placer, paga un trofeo. El trofeo es la Yayita. Tu tienes a la Yayita y a la mina normal y cuando llega una Yayita a cualquier local, ¿qué es lo que hace el viejo? Se enamora y dice: yo la quiero tener acá, ¿por qué?, porque fue mía. Fue mía, esa es la mentalidad. Entonces el viejo, más que pagar buen sexo paga un trofeo. Independientemente de que el servicio sea bueno o sea malo, pero resulta que acá hay una carcasa fría. Para el viejo es fanfarronear: es mía; el viejo no cuenta que es mía por cien o ciento cincuenta mil pesos. Dice “es mía, la tengo loca”, o sea, tapa una realidad con un falso sentir de hombría, de ego” (Consuelo, 50 años).

El argumento es claro: “el viejo paga un trofeo”. El trofeo es construido como una distinción, al modo de un galardón que puede ser exhibido al decir “fue mía”. Destacamos dos cosas: la primera es la objetivación de la mujer devenida (o degradada) trofeo del varón y la segunda es la dominación; la mujer emerge discursivamente como objeto de consumo y apropiación, por efímera que sea esta. Ahora bien, este extracto del discurso no habla de cualquier mujer en ejercicio del comercio sexual, habla de aquella que es nombrada “Yayita”, aludiendo al personaje de la clásica revista de caricaturas chilena, Condorito. En ella, Yayita encarna la voluptuosidad; a la mujer más deseada del pueblo y objeto de disputa entre los hombres. Desde aquí, hacerse poseedor del “amor” de Yayita otorga una posición de cierta superioridad o saber-poder (Foucault, 2001; Butler, 2001) que hace una distinción entre los varones.

El discurso es enfático: “el viejo no paga placer”, compra otra cosa. No se paga ni la experticia ni la experiencia de la mujer en las artes amatorias, eso no es lo importante, lo que vale es haber sido capaz de consumir un objeto de lujo, aunque se omita el costo de éste. Podríamos pensar que el “viejo paga” la ilusión que propone Sahovaler (2010) en la que el dinero opera como medida de virilidad. “La tengo loca”, dice el viejo, aludiendo a que la colma de placer, y se posiciona a sí mismo como un hombre viril, más lo que queda sin decir es que eso que la colma de placer, que la “tiene loca”, no es otro atributo que el dinero que se gasta.

### Por su parte, las trabajadoras sexuales plantean lo siguiente:

Dayana (39 años): Ellos se preocupan sí o sí de que la mujer termine, que siempre tenga el orgasmo; o sea, como que se sienten machos al sentir que la mujer terminó. Dicen: «La hice terminar», o «estuve con una hembra», o «con una está, así: ¡Aaah! Y la hice acabar como macho».

Estrella (32 años): Y como las mujeres somos tan recursivas siempre le hacemos pensar que sí.

Anayensi (20 años): Porque sino, todavía estaríamos ahí más de una hora. No se van nunca.

Cristina (27 años): Todo se lo creen ellos entonces.

Tatiana (29 años): Yo no sé si se lo creen. Yo creo que creen en el momento, porque cuando ellos eyaculan, y que ya están, te dicen: «Ay, mi amor, qué linda; se acabó todito». Y una dice: «¡Ay sí, mi vida! (risas de participantes)», es que así tienes que decirle... En realidad, por ejemplo, yo tengo clientes que ya conozco; o sea, en general, a mis clientes yo ya los conozco, yo ya sé a cuál le digo qué cosa. Me visitan seguido y los que yo conozco, generalmente, yo ya sé que le gusta que una tenga un orgasmo, y qué les gusta hacer. Y si es cliente nuevo, trato de saberlo.

Anayensi (20 años): La verdad, lo único que yo quiero cuando llegan es que se suban y que se vayan. Yo no quiero nada más. (GC.<sup>2</sup>)

Del presente extracto emerge la dimensión propiamente sexual de la relación, la cual evidencia que buena parte de aquello por lo que los hombres-trabajadores-mineros pagan es por sentirse “como machos”. El “macho” de esta enunciación se prueba a sí mismo como masculino dominante (Bourdieu, 2000) al brindarle a la hembra un orgasmo: “y la hice acabar como macho” es lo que Rosita interpreta como la sensación interna de su cliente. En este relato vuelve a perder relieve la capacidad amorosa de la mujer; el foco está puesto en que él se sienta capaz de brindarle placer a ella. En el discurso de las trabajadoras sexuales, la preocupación del hombre parece estar más puesta en el rendimiento que en el placer y eso les

<sup>3</sup> Grupo de conversación n°2.

permite a ellas recuperar parte del control de la relación. El truco es el siguiente: “¡Ay sí, mi vida!, es que tienes que decirle”, plantea Rosa, para dejar al hombre satisfecho y, es más, es justamente esto lo que favorecería que el cliente vuelva.

Hasta aquí, surgen tres cuestiones que paga el minero cuando recurre al comercio sexual: el ser atendido por una mujer que se dispone a él, que “se arregla” para su satisfacción; “el trofeo”, como galardón que los distingue entre los varones a través del consumo de la mujer más deseable del burdel; y el retorno a sí mismos de una imagen de “machos”, conseguida merced del orgasmo de la mujer con quien tienen sexo. Diremos que estos tres objetos de consumo resultan clave para el mantenimiento de una (auto)imagen viril.

Sin embargo, emerge otra dimensión importante y es la de la posibilidad de expresión de la vulnerabilidad del minero, una suerte de contracara de la imagen viril que aparece en el vínculo con la trabajadora sexual:

“Buen trato, todo lo que sea, predisposición, ojitos abiertos a escuchar lo que vienen a decir, más allá de si buscan sexo, desahogarse muchas veces. Un 90% de las veces buscan desahogarse, contar sus problemas, sus vivencias, quizá que lo mismo que pueden decir llegando a la casa. Desde ‘Estoy cansado, tuve mucha pega’, hasta esperar recibir un cariño, una caricia y un beso, un trato afectuoso” (Sol, 38 años).

Esta imagen de la escucha se repite en los relatos. El trabajo sexual se desdobra más allá del servicio puramente sexual, el desahogo, la descarga, no son puramente sexuales. En el privado con la trabajadora sexual, el trabajador minero también “cuenta sus problemas”, pone de manifiesto su cansancio, le da un espacio a su vulnerabilidad:

Juan: Sabes lo que pasa y yo he escuchado que dicen que llegan a contarles los problemas de la casa a ellas y ellas tienen esa disposición de oír y entender.

Pedro: No es mi caso, pero si he hablado de lo que vienen a contar acá, ellas dicen “se ponen a llorar con nosotras”. El compadre llega a contarle el drama que tiene con su señora en la casa, él llora, la mina lo cobija y ¡pum, pum! le da.

Mario: Muchas veces sirven de psicólogas esas, para muchas cosas.

Juan: Claro, si ese es el trabajo de ellas. Si ellas lo que tienen que hacer, es sacar sus lucas, porque a ellas les pagan por eso; porque ahí se desahoga el minero”. (CG.3<sup>4</sup>).

El burdel y el vínculo entre el minero y la trabajadora sexual se convierten en el escenario en el que aquello que había permanecido guardado para sí, se saca afuera. La descarga sexual aparece aquí en tanto descarga emocional. El “desahogo” cobra un matiz afectivo: “él llora, ella lo cobija y pum, pum”. Lo que se construyera como una imperiosa necesidad de descarga sexual de un macho queda aquí al menos matizada como expresión de sentimientos. Los mismos sentimientos que el discurso del minero dice que debe desconectar para desarrollar su trabajo en la faena parecen emerger en la intimidad del vínculo con la trabajadora sexual. La mujer pública emerge como espacio posible para el desahogo de un dolor privado: “ahí se desahoga el minero”, que vuelve descargado, desahogado, a casa y al trabajo. Con esto, recurrir al comercio sexual aparece como articulador de la vida familiar y laboral del minero.

## 5. Conclusiones

Nos parece relevante volver a relevar la centralidad que tiene la organización del trabajo y la productividad sobre la producción de subjetividades y relaciones sociales (Dejours, 2012), y en este caso, de subjetividades marcadamente generizadas. En el caso de la minería, proponemos que las exigencias del trabajo, articuladas con las exigencias del género, cooperan en la (re)producción de subjetividades masculinas fuertemente resistentes a los procesos de transformación en curso y que sí son posibles de ver en otros escenarios laborales (Gittings, 2016). La organización social y técnica el trabajo minero colabora a la reproducción de relaciones sociales de género marcadamente atravesadas por la división sexual del trabajo y a este proceso se articula el comercio sexual en las regiones mineras.

Planteamos que los mecanismos involucrados en el proceso de virilización del cuerpo subjetivo de los trabajadores mineros, vale decir, el endurecimiento del cuerpo afectivo y la desconexión emocional, se asocian con las posibilidades de

<sup>4</sup> Grupo de conversación n°2.

obtener buenos rendimientos en la faena; redundan en evaluaciones y autoevaluaciones de alta productividad. Sin embargo, dicha productividad en el turno minero tiene como contracara la ineptitud en el terreno del quehacer sexo-afectivo y las relaciones emocionales en casa, y con ello, devienen sensaciones de insatisfacción que conducen, en el discurso de los mineros enunciantes, a la búsqueda de la distracción necesaria en el comercio sexual, que, en tanto distracción, opera como dispositivo de recuperación de la fuerza de trabajo y de reparación y reafirmación de una imagen viril necesaria para sostenerse en la tarea.

Decimos entonces: el comercio sexual y la tarea de las trabajadoras sexuales tiene un lugar central en la reproducción de la fuerza de trabajo minera en la medida en que uno de sus principales efectos es el sostén de la (auto)imagen viril de los mineros a través, principalmente, de tres mecanismos: el contar con una mujer que se dispone para ellos; el acceso al “trofeo” que les otorga, aunque pasajera, la sensación de distinción y pertenencia dentro el colectivo de varones; y del retorno a sí mismos de la imagen de “machos” que les lleva el sentirse potentes, hombres viriles capaces de dar placer a una mujer.

El trabajo sexual, en consecuencia, no puede ser considerado una suerte de (sub)producto indeseado de las faenas mineras y su producción de riqueza, sino como uno de los pilares sobre el que se sostiene la actividad y, del mismo modo, la reproducción de subjetividades masculinas alineadas con el modelo hegemónico de hombría y sus maneras de, valga la redundancia, reproducir relaciones sociales marcadas por la verticalidad del género, permanece siendo un requisito para la alta productividad en la minería al mismo tiempo que un producto de la misma.



## Referencias

- Abarca, H. y Sepúlveda, M. (2005). Barras bravas, Pasión guerrera. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno. En Ferrándiz, F., y Feixa, C., *Jóvenes Sin Tregua: Culturas y Políticas de la Violencia* (pp. 145–170).
- Alvear, J. (1975). *Chile nuestro cobre. Chuquicamata, El Salvador, Potrerillos, El Teniente, Enami, Mantos Blancos y Andina*. Editorial Lastra.
- Angelcos, N. y Ísola, E. (2017). Violencia y táctica en los procesos de integración de las mujeres a la minería del cobre en Chile. *Psicoperspectivas*, 16(2), 66-78. DOI: <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol16-issue2-fulltext-1019>
- Badinter, E. (1993). *XY la identidad masculina*. Alianza Editorial.
- Branstetter, HL A. (2016). Mining Town Needs Brothels: Gossip and the Rhetoric of Sex Work in a Wild West Mining Community. *Rhetoric Society Quarterly*, 46 (5), 381-409. DOI: 10.1080/02773945.2016.1227871
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Anagrama.
- Butler, J. (2001). *Mecanismos Psíquicos del Poder: Teorías Sobre la Sujeción*. Cátedra.
- Cervantes, M. (2005). Las ventajas de la empresa flexible. *Grupo Recolectos de Comunicación*, (5), 112-119. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=43300511>
- Chávez, I. (2001). Flexibilidad en el mercado laboral: origen y concepto. *Aportes*, 6 (17), 57-74. <https://www.redalyc.org/pdf/376/37661703.pdf>
- CODELCO. (2019). Reporte de sustentabilidad 2019. Transformando la minería para el futuro del país. [https://www.codelco.com/prontus\\_codelco/site/artic/20200701/asocfile/20200701141033/codelco\\_reporte2019.pdf](https://www.codelco.com/prontus_codelco/site/artic/20200701/asocfile/20200701141033/codelco_reporte2019.pdf)
- Connell, R. (1993). The Big Picture: Masculinities in Recent World History. *Theory and Society*, 22(5), 597-623. <https://www.jstor.org/stable/657986>
- Connell, R., & Messerschmidt, J. (2005). Hegemonic masculinities. Rethinking the concept. *Gender & Society*, 19, 829-859. <https://doi.org/10.1177/0891243205278639>
- Curran, M., Mc Daniel, B., Pollitt, A. yTottenham, C. (2015). Gender, emotion work and relationship quality: a daily diary study. *Sex roles*, 73(3-4), 157-173
- Czarniawska, B. (2004). *Narrative in social science research*. Sage.
- Dejours, C. (1998). De la psicopatología a la psicodinámica del trabajo. En Dessors y Guiho-Bailly compiladores. *Organización del trabajo y salud*. Grupo editorial Lumen.
- Dejours, C. (2002). *Trabajo y desgaste mental*. Grupo editorial Lumen.

SILVA-SEGOVIA, Jimena; ZULETA-PASTOR, Pablo; CASTILLO-RAVANAL, Estefany

«Virilidad y minería; vaivenes entre la faena del cobre y el burdel».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 177-205

Dejours, C. (2012). *Trabajo vivo. Tomo I. Sexualidad y trabajo*. Topía editorial.

Dejours, C. (2013). *La banalización de la injusticia social*. Topía editorial.

De Villers, G. (1999). La historia de vida como método clínico. *Proposiciones*, 29, 103–114.

Espinoza-Tapia, R., y Silva-Segovia, J. (2014). Emociones, corporeidad y socialización de género en la subjetivación de la masculinidad de jóvenes chilenos: una aproximación intertextual desde el Modelo de Mapas corporales. *Salud & Sociedad*, 5 (3), 300-317. <https://doi.org/10.22199/S07187475.2014.0003.00005>

Federici, S. (2018). *El patriarcado del salario. Críticas feministas al marxismo*. Bre-tón de la máscara ediciones.

Foucault, M. (2001) *El sujeto y el poder*. En H. Dreyfus & P. Rabinows (Eds.), *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, (pp.241-259). Nueva visión.

Fraisse, G. (1996). *La diferencia de los sexos*. Manantial.

Gadea, C. (2018). El interaccionismo simbólico y sus vínculos con los estudios sobre cultura y poder en la contemporaneidad. *Sociológica*, 33 (95), 39-64.

Garaizabal. C. (2011). La prostitución: la autodeterminación sexual del cuerpo femenino como fuente de estigma y discriminación. En Villalba y Álvarez coordinadoras, *Cuerpos políticos y agencia. Reflexiones feministas sobre cuerpo, trabajo y colonialidad*. Universidad de Granada.

Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones culturales sobre masculinidad*. Paidós.

Gittings, L. (2016). When you visit a man you should prepare yourself: men community care worker approaches to working with men living with HIV in Cape Town, South Africa. *Culture, health and sexuality*, 18(8), 936-950.

Han, B. (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Han, B. (2014). *Psicopolítica*. Herder.

Hubbard, P. (2004). Revenge and injustice in the neoliberal city: Uncovering masculinist agendas. *Antipode*, 36, 665–686. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8330.2004.00442.x>

Johnson, R. (2004). “O qué é, afinal, Estudos Culturais? En T. Tadeu (Ed.), *O que é, afinal, Estudos Culturais?* Belo Horizonte: Autêntica.

SILVA-SEGOVIA, Jimena; ZULETA-PASTOR, Pablo; CASTILLO-RAVANAL, Estefany

«Virilidad y minería; vaivenes entre la faena del cobre y el burdel».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 177-205

Jeffreys, S. (2011). *La industria de la vagina. La economía política de la comercialización global del sexo*. Paidós.

Kimmel, M. (2011). *The gendered societ.y* (4° ed.). Oxford University Press.

Klubock, T. (1999). Hombres y mujeres en El Teniente. La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951. En L. Godoy, et al. *Disciplina y desacato. Construcción de identidad en Chile*. Siglos XIX. SUR – CEDEM.

Valdés, X. (2015). Feminización del empleo y trabajo precario en las agriculturas latinoamericanas globalizadas. *Cuadernos de Antropología Social*, 41, 2015, 39-54. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=180942587003>

Kraushaar, L (2013). Crimen y exhibición de prostitutas en el norte de Chile: Producción y uso de las imágenes del cuerpo de mujeres asesinadas. *Aisthesis*, (53), 29-51. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-71812013000100002>.

Louis, MV. (2004). *Libres de no serlo. La prostitución. Debate sobre el derecho a vender el cuerpo; causas de la prostitución; redes internacionales mafiosas; la prostitución infantil, etc. Le Monde Diplomatique*. Editorial Aun Creemos en los Sueños.

Con Lourau, R. (2008). *El Estado inconsciente*. Terramar Ediciones.

Mahmood, S. (2001). Feminist Theory, embodiment and docile agent: Some Reflections on the Egyptian Islamic revival. *Cultural Anthropology*, 16(2), 202-236, DOI: <http://dx.doi.org/10.1525/can.2001.16.2.202>

Mayes, R., y Pini, B. (2014). "The Australian mining industry and the ideal mining woman: Mobilizing a public business case for gender equality". *Australia Journal of Industrial Relations, Curtin University*, 56(4), 527-546. <https://doi.org/10.1177/0022185613514206>

Meler, I. (2000). La sexualidad masculina. Un estudio psicoanalítico de género. En Burín y Meler (Eds.), *Varones; género y subjetividad masculina* (pp. 149-197). Paidós.

Olavarría, José (2009). Globalización, género y masculinidades. Las corporaciones transnacionales y la producción de productores. En *Masculinidades y globalización*. José Olavarría Ed. Santiago, UAHC, CEDEM.

Palermo, H. (2017). *La producción de la masculinidad en el trabajo petrolero*. Editorial Biblos.

SILVA-SEGOVIA, Jimena; ZULETA-PASTOR, Pablo; CASTILLO-RAVANAL, Estefanía

«Virilidad y minería; vaivenes entre la faena del cobre y el burdel».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 177-205

Périlleux, T. (2008). La subjetivación frente a la prueba del trabajo flexible. En A. Soto (Ed.), *Flexibilidad laboral y subjetividades* (pp. 137-154). LOM Ediciones-Universidad Alberto Hurtado.

Pini, B. & Mayes, R. (2012). Gender, emotions and fly-in fly-out work. *Aust. J. Soc. Issues* 47, 71–86. <https://doi.org/10.1002/j.1839-4655.2012.tb00235.x>

Rennie, D.L. (2012). Qualitative research as methodical hermeneutics. *Psychological Methods*, 17(3), 385-398. doi: 10.1037/a0029250

Romero-Toledo, H. (2019). “Extractivismo en Chile: la producción del territorio minero y las luchas del pueblo aimara en el Norte Grande”. *Colombia Internacional*, (98), 3-30. DOI: <https://doi.org/10.7440.colombiaint98.2019.01>

Sahovaler, J. (2010). El sexo del dinero. En Zelcer, B. compiladora *Diversidad Sexual*, (pp. 129-149). Lugar Editorial.

Benavente, M. (2007). *Construyendo derechos. Talleres de conversación para adolescentes*. LOM.

Morse, J. (1995) The significance of saturation. *Qual Health Res*, 5(2):147-149 Doi: 10.1177/104973239500500201

Ramírez, JC. (2020). Hombres y masculinidades: emociones y significado del trabajo. *Revista latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad - RELACES*, 33, 39-54. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7613348>

Silva, J. (2008) *Tacones cercanos. Estudio mixto de la situación de las mujeres en el comercio sexual*. Ediciones Sernam.

Silva, J. (2012) *Circulación del poder entre mujeres chilenas de dos generaciones. Las hijas y las madres*. Académica Española.

Silva, J. (2019). *Cuerpos Emergentes: Modelo Metodológico Para el Trabajo Corporal Con Mujeres*. RIL Editores.

Silva, J., Zuleta, P., Castillo, E., y Chinga, T. (2021). Experiences of being a couple and working in shifts in the minning industry: advances and continuities. *Int. J. Environ. Res. Public Health*, 18(4), 2027. DOI: <https://doi.org/10.3390/ijerph18042027>

Silva, J., Zuleta, P., Castillo, E., y Castro, C. (2021) *En el cabaret del cobre. La mina y el sacrificio del erotismo*. Editorial: RIL Ediciones.

Schneider, M. (2003). *Genealogía de lo masculino*. Paidós.

Soto, Z. (2009). Chile: La mujer en la minería y en la prevención de conflictos mineros. En A.M. Aranibar, y E. Pimentel (Eds.), *Taller internacional: Inclusión del*

SILVA-SEGOVIA, Jimena; ZULETA-PASTOR, Pablo; CASTILLO-RAVANAL, Estefany

«Virilidad y minería; vaivenes entre la faena del cobre y el burdel».

HYBRIS. Revista de Filosofía, Vol. 12 N° Especial. Masculinidades: Campos críticos, procesos emancipatorios y reconfiguraciones de la hegemonía. ISSN 0718-8382, septiembre 2021, pp. 177-205

*enfoque de género en la prevención de conflictos mineros* (pp. 43 - 51). CYTED/GEOCOMIN/Dirección de Medio Ambiente/COMIBOL/Plan Mujeres y Minería Cumbre del Sajama/OLAMI.

Schutz, A. (1995). *El problema de la realidad social*. Trad. Nestor Míguez. Compilador Maurice Natason. Amorrortu.

Stoy, K. (2013). Robótica para la minería y su potencial como catalizador de la innovación tecnológica en Chile. *Ingeniare. Revista chilena de ingeniería*, 21(1), 4-5, DOI: <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-33052013000100001>

Valcárcel, A (1997). *La Política de las Mujeres*. Cátedra.

Van Dijk, T. (2003). La multidisciplinariedad del análisis crítico del discurso: Un alegato a favor de la diversidad. En Wodak, R., y Meyer, M., (Eds.), *Métodos de Análisis Crítico del Discurso*. Gedisa.

Van Buren, M., y Gensmer, K. (2017). Crib Girls and Clients in the Red-Light District of Ouray, Colorado: Class, Gender, and Dress. *Historical Archaeology*, 51 (2), 218-239. DOI: 10.1007/s41636-017-0021-7

Villa, E. (2010). Estudio antropológico en torno a la prostitución. *Cuicuilco*, (49). <http://www.scielo.org.mx/pdf/cuicui/v17n49/v17n49a9.pdf>

Zuleta, P. (2018). *Reproducción de la Dominación Masculina en la Subjetivación del Trabajo*. Tesis doctoral, Universidad de Chile, Santiago de Chile, Chile.

Zuleta, P. (2020). Reproducción de la dominación masculina en la subjetivación del trabajo. Un análisis de discurso de gerentes generales en el Chile anterior a la explosión social. En Palermo, H., y Capogrossi, M.L., (Eds.), *Tratado Latinoamericano de Antropología del Trabajo* pp. 1381–1414, Ceil Conicet.

Zazueta, E., y Sandoval, S. (2013). Concepciones de género y conflictos de pareja: Un estudio con parejas pobres heterosexuales en dos zonas urbanas de Sonora. *Culturales*, 1 (2), 91-118. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=69429400003>.